



DISTINTAS FORMAS DE MIRAR EL AGUA: DISTINTAS FORMAS DE SENTIR

María José Buteler

Facultad de Lenguas (UNC)
maria.jose.buteler@unc.edu.ar

Resumen

El énfasis en los afectos surge en respuesta a las transformaciones y desafíos que el actual contexto sociocultural impone. Uno –o, tal vez, el mayor– de esos desafíos nos remite al concepto del Antropoceno, era geológica en que la especie humana se ha convertido en una fuerza geológica. Desde los estudios sobre el ambiente surge la ecocrítica afectiva como un nuevo enfoque que recupera la dimensión de las emociones en la vida pública y las maneras en que nos aproximamos a nuestro entorno. Este trabajo propone abordar en *Distintas formas de mirar el agua* (2015), de Julio Llamazares, las emociones que genera la construcción de un dique y el anegamiento del hábitat de los habitantes de la región y, en particular, las emociones de la familia de Domingo, que tuvo que dejar su hogar en pos de empezar de nuevo en otro lugar. El texto se aborda desde la ecocrítica afectiva.

Palabras clave: Antropoceno – ecocrítica afectiva – emociones – solastalgia – agua

Abstract

The emphasis on affections arises in response to the transformations and challenges imposed by the current sociocultural context. One, or perhaps the greatest of these challenges, refers us to the concept of the Anthropocene, a geological era in which the human species has become a geological force. From environmental studies, affective ecocriticism emerges as a new approach that recovers the dimension of emotions in public life and the ways in which we approach our environment. This work aims at exploring in *Distintas formas de mirar el agua* (2015) by Julio Llamazares, the emotions generated by the construction of a dam and the flooding of the habitat of the region's inhabitants, particularly focusing on the emotions of Domingo's family, who had to leave their home to start anew elsewhere. The text will be approached from the perspective of affective ecocriticism.

Keywords: Anthropocene – affective ecocriticism – emotions – solastalgia – water

Los afectos y el Antropoceno: la ecocrítica afectiva

El *giro afectivo* surge en el campo crítico como respuesta al posestructuralismo y deconstruccionismo del siglo XX, con su énfasis en el lenguaje y su inestabilidad y contingencia (Clough y Halley, 2007), y propone a las emociones y los afectos¹ como nuevos objetos de conocimiento. El interés por los afectos tiene su origen en el ámbito de las teorías de género, específicamente en la “ética del cuidado” que implica una empatía hacia el otro a través del cuidado de los detalles y la atención a sus necesidades (Gilligan, 1993). Cecilia Macón en su artículo “Sentimus ergo sumus. El surgimiento del ‘giro afectivo’ y su impacto sobre la filosofía política”, se refiere al cambio de paradigma hacia los afectos como “un proyecto destinado a indagar en formas alternativas de aproximarse a la dimensión afectiva, pasional o emocional a partir de su rol en el ámbito público” (2013, p. 10), al mismo tiempo que cuestiona dualismos tales como interior/exterior, público/privado, razón/pasión. Por eso, los nuevos debates en torno a las emociones tienen como objetivo un análisis profundo no solo de los afectos y emociones, sino también de las dualidades que se establecen entre emociones negativas y emociones positivas², como así también la reivindicación de los afectos *feos*.

El énfasis en los afectos surge como respuesta a las transformaciones y desafíos que el actual contexto sociocultural impone. La crisis medioambiental del presente, uno de los mayores desafíos con los que la humanidad se enfrenta, nos remite al concepto del Antropoceno, denominación que recibe la etapa geológica que transitamos. En el año 2000, Paul Crutzen y Eugene Stoermer, los científicos galardonados con el premio Nobel, acuñaron el término Antropoceno para referirse a una nueva era geológica que reemplaza al Holoceno, en la que el hombre se convierte en una fuerza geológica potente capaz de modificar e impactar en los ecosistemas de la Tierra y la ubican a finales del siglo XVIII con el comienzo de la Revolución Industrial pero que continúa hasta el presente. Ante la crisis ambiental antropogénica que enfrentamos, nuestra relación con el medioambiente se encuentra atravesada por diferentes emociones y afectos. En los últimos años, de acuerdo con el Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático: “se espera que los desafíos de salud mental, incluidos la ansiedad y el estrés, aumenten con el calentamiento global en todas las regiones evaluadas, en particular para niños, adolescentes, ancianos y personas con problemas subyacentes” (Crutzen y Stoermer, 2000, p. 15).

Desde los estudios sobre el ambiente, surge la ecocrítica afectiva como un nuevo enfoque que busca recuperar la importancia de las emociones en la vida pública y en nuestras formas de aproximarnos al entorno. Este enfoque se ocupa de todos los cuerpos, tanto humanos como no humanos, al reconocer la agencia y la dimensión afectiva de todas las formas de vida.

¹ Los términos “afectos”, “emociones” y “pasiones” son generalmente utilizados como sinónimos; sin embargo, algunos críticos establecen diferencias entre ellos. Para Sara Ahmed (2010), afectos y emociones pueden ser utilizados como sinónimos, no así las pasiones que remiten a una mera pasividad. En este trabajo utilizaremos las nociones de afectos, emociones y pasiones como sinónimos.

² Recientemente se ha empezado a cuestionar el uso de los términos emociones positivas y negativas, puesto que se considera que no hay emociones buenas o malas, mejores o peores, sino diferentes tipos de emociones. Algunos autores (Noorgard, 2011; Jasper, 2018) prefieren usar los términos “agradables” y “desagradables” porque consideran que esos adjetivos simplemente refieren a los estados de ánimo y no implican una jerarquización de las emociones.



Si bien el interés por las emociones y afectos data de los primeros estudios ecocríticos, es en años recientes que los investigadores han comenzado a involucrarse más específicamente con la teoría de los afectos para analizar la forma que adquieren las emociones frente al cambio climático antropogénico. A diferencia de la tradición Romántica que se focalizó en las emociones positivas, tales como la biofilia y la topofilia, progresivamente surgió el interés por explorar también el lado oscuro de las relaciones entre los seres humanos y la naturaleza, puesto que frente a la crisis ambiental los seres humanos reaccionan de diversas maneras.

Kyle Bladow y Jennifer Ladino, en su libro *Affective Ecocriticism. Emotion, Embodiment and Environment* (2018), señalan diferentes “desórdenes antropocéntricos” tales como el entumecimiento mental, el agotamiento emocional, la ansiedad, el miedo, la melancolía o la aflicción climática (p. 2)³. Por su parte, Glenn Albrecht (2019) acuña el término “emociones psicoterráticas”, que engloba sentimientos y afecciones tales como la eco-ansiedad, el trastorno por déficit de naturaleza, la eco-parálisis, la solastalgia y la eco-nostalgia. Otros teóricos se refieren a emociones como el afecto por la tierra (Arnold, 2018), una nueva ternura (Campbell, 2018), la ecofobia, (Estok, 2018), el ecoterror (Murphy, 2013; Parker, 2020), la tristeza climática (Schmidt, Reau y Rivera, 2020), los desórdenes antropocéntricos (Slovic y Slovic, 2015), y la solastalgia (Albrecht, Sartore, Connor y Higginbothan, 2007; Weik von Mossner, 2017). A esta lista de emociones, los humanistas medioambientales agregan la apatía o, incluso, el negacionismo ante el desequilibrio ambiental.

En este trabajo nos interesa abordar en *Distintas formas de mirar el agua* (2015), novela de Julio Llamazares, las emociones que genera la construcción de un dique y el anegamiento del hábitat de los habitantes de la región y, en particular, las emociones de la familia de Domingo, quien debe dejar su hogar en pos de empezar de nuevo en otro lugar. Los interrogantes que se plantean son: ¿cómo se establece y desarrolla la conexión emocional entre los personajes y el agua en la novela?, ¿cómo afecta la presencia/ausencia del agua en el paisaje a los estados de ánimo y emociones de los personajes?, ¿cuáles son las emociones que experimentan aquellos que deben dejar sus hogares de toda una vida para empezar en otro lugar?, ¿de qué manera se diferencian las emociones y afectos de las generaciones más viejas de las más jóvenes?, ¿cuál es la percepción de la acción antropogénica que modifica el paisaje que tiene la generación de los padres y la de los jóvenes?, ¿de qué manera las emociones impiden la adaptación o no a un nuevo territorio?

Emociones y afectos en *Distintas formas de mirar el agua* de Julio Llamazares

Un paisaje no es sólo un territorio, es también la memoria de quienes lo habitaron cuando ese territorio ha sido transformado por el hombre, como en este valle de Vegamián. Por eso, si uno escucha, oirá sus voces que continúan sonando bajo las aguas o en las praderas y montes que las rodean contándonos sus vidas y recordándonos su tragedia para que no la olvidemos, pues es la nuestra también.

Julio Llamazares (2015)

³ Traducción propia del original.



La novela de Llamazares cuenta el regreso de una familia a Ferreras, lugar que fue su hogar antes del desalojo en 1968 cuando se construyó el dique del Porma. Ese año, el ingeniero y escritor madrileño Juan Benet construye el dique del Porma y, al igual que los habitantes de los pueblos de Vegamián, Campillo, Quintanilla, Armada y Lodaes, Domingo y su familia deben abandonar su casa, sus campos y trabajo de toda una vida para ser reubicados en la comarca palentina, en una laguna desecada, la laguna de la Nava. Después de cuarenta y cinco años, toda la familia de Domingo, en cortejo fúnebre, regresa a Ferreras para arrojar sus cenizas al embalse y dar así cumplimiento a su última voluntad.

Esta historia de desarraigo y de memoria está relatada desde distintos puntos de vista, diecisiete voces en una especie de coro que rememoran una misma historia una y otra vez a lo largo de la novela: el abandono forzoso del pueblo natal por la familia y su reubicación en un nuevo entorno. Su esposa, hijos, yerno, nuera, nietos, y un automovilista, en forma de monólogo interior, dan su visión y sentimientos sobre el pueblo sumergido y la laguna, al mismo tiempo que recuerdan a Domingo. Distintas emociones se conjugan en cada relato: desarraigo, añoranza, destierro, tristeza ante una realidad que no eligieron ni pudieron hacer nada para cambiar.

La novela tiene rasgos autobiográficos ya que el mismo Llamazares nació en Vegamián y debió abandonarlo a la edad de nueve años cuando el pueblo quedó sepultado bajo las aguas del dique. *Distintas formas de mirar el agua* (2015) es su sexta novela, obra que escribió velozmente después de haber visitado el pantano de Riaño en Palencia y los habitantes le contaron cómo habían sido alojados en una laguna desecada donde debieron aprender a mirar porque se perdían en la llanura sin los puntos de referencia de las montañas. El autor confiesa que esas imágenes y la invitación a dar una conferencia sobre el agua removieron en él todos los sentimientos acumulados e hicieron “que brotara de golpe esta novela” (Rodríguez Marcos, 2015, párr. 4).

La construcción del dique del Porma y la anegación de los pueblos aledaños, al igual que la desecación de la laguna donde sus habitantes son trasladados, es un claro ejemplo de la acción antropogénica y de cómo el hombre modifica paisajes naturales que afectan la vida de las personas para siempre. Ferreras es una localidad perteneciente al municipio de Boñar, en la provincia de León, España. El embalse, el tercero más grande de la provincia de León, fue inaugurado en el año 1968 durante el gobierno de Franco y su construcción sumergió por completo los pueblos de Vegamián, Campillo, Ferreras, Quintanilla, Armada y Lodaes.

La metamorfosis del entorno natural provocó la pérdida del hábitat, no solo de especies animales y vegetales sino del hombre mismo. La decisión, en este caso de Franco, de construir un dique para regular el caudal de los ríos de la zona tuvo un impacto tremendo en la región que trajo como consecuencia la transformación del medio, la desaparición de pueblos bajo el agua y el exilio de los lugareños a quienes les expropiaron sus tierras todo por “orden de un ingeniero que decidió detener el río como el que decide detener el tiempo” (Llamazares, 2015, Raquel, párr.13). Esto implicó la pérdida de sus tierras, sus relaciones sociales, sus medios de producción y subsistencia y, por lo tanto, un cambio en su estilo de vida con un gran impacto emocional entre los habitantes de la región.



Frente a este tipo de escenarios de destrucción y pérdida surge una serie de sentimientos tales como la culpa, la frustración, la impotencia, la tristeza, la melancolía y la ansiedad. Bladow y Ladino (2018) se refieren a esos sentimientos como aquellos que surgen o se redefinen en el Antropoceno y que incluyen la desesperación, la resignación, la tristeza climática, la ansiedad y la solastalgia (p. 11)⁴. El concepto de “solastalgia” es particularmente relevante en el contexto de la crisis medioambiental global actual, ya que muchas personas experimentan angustia emocional debido a la degradación del entorno natural, el cambio climático y la pérdida de biodiversidad, entre otros problemas ambientales.

Glenn Albrecht (2007), filósofo ambientalista, alega que el sentimiento de *solastalgia* tiene su origen en los conceptos de consuelo y desolación, por lo tanto, la define como el dolor o la angustia causada por la pérdida o falta de consuelo y la sensación de aislamiento del estado actual de nuestro hogar o territorio. Agrega, además, que es la experiencia existencial vivida de un cambio negativo en el medioambiente que se vivencia como un ataque en contra de nuestro sentido de lugar, entendido este como la conexión emocional que una persona tiene con un lugar, con el ambiente físico y sus experiencias personales. Para el filósofo, es una condición crónica que está vinculada a la erosión gradual de la identidad junto a la pertenencia a un lugar amado y a un sentimiento de angustia o desolación psicológica causada por su transformación no querida.

En otras palabras, la *solastalgia* es el dolor que se experimenta cuando se reconoce que el lugar que uno habita y ama, está en peligro. A diferencia de la nostalgia, que es la angustia por estar lejos de casa o del lugar al que uno está vinculado emocionalmente, la *solastalgia* se refiere a la angustia por la degradación o transformación negativa del propio hogar o entorno. Se manifiesta como un ataque al sentido de lugar, en la erosión de la pertenencia o apego a un sitio en particular y en el sentimiento de angustia ante su transformación. Es importante destacar que la *solastalgia* no supone mirar hacia atrás a un pasado dorado ni tampoco de buscar en otro lugar un hogar, tiene que ver con el sentimiento de la experiencia vivida de la pérdida del presente que se manifiesta en una conciencia de dislocación. Albrecht (2019) se refiere a los distintos factores que pueden causar la *solastalgia* cuando expresa

Los factores que causan la solastalgia pueden ser tanto naturales como artificiales. La sequía, el fuego y las inundaciones pueden causar solastalgia, al igual que la guerra, el terrorismo, la deforestación, la minería, los rápidos cambios institucionales y la gentrificación de partes antiguas de las ciudades. Sostengo que el concepto tiene relevancia universal en cualquier contexto donde existe la experiencia directa de la transformación o destrucción del entorno físico (hogar) por fuerzas que socavan el sentido personal y comunitario de identidad y control. La pérdida del lugar conduce a la pérdida del sentido de lugar, experimentada como la condición de solastalgia. (p. 39)

Como se evidencia en la cita de Albrecht, la *solastalgia* puede ser el resultado de desastres naturales, pero también puede ser artificial, como el terrorismo, la renovación urbana de las ciudades, la construcción de caminos y diques que implican la pérdida del hogar. El filósofo sostiene que la *solastalgia* es una de las emociones más extendidas ante la pérdida

⁴ Traducción propia del original.



de los ecosistemas y el cambio climático durante el Antropoceno; incluso se refiere al surgimiento de la “era de la solastalgia” (2019, p. 40) en este período de cambio masivo que se llama Antropoceno.

En el texto de Llamazares los personajes reaccionan de diferentes maneras frente a la construcción del dique y la pérdida del entorno natural. Las emociones y sentimientos expresados por cada una de las voces del relato tienen que ver con sus experiencias personales, las circunstancias actuales al momento de la muerte de Domingo y su relación con el patriarca de la familia. Algunos de ellos experimentan el desarraigo de primera mano, como su esposa e hijos, mientras que algunos, los nietos y parejas lo hacen a través del relato de otros, pero que con el tiempo parecen hacerlo suyo. Domingo y su esposa, Virginia, experimentan “angustia solastálgica” (Albrecht, 2019, p. 51) o *solastalgia* cuando ante la lenta transformación del paisaje sienten angustia y miedo, y perciben las obras como una amenaza de su hábitat. Al comienzo reaccionan con descreimiento y escepticismo ante la falta de información de los medios de comunicación, puesto que los diarios y noticieros no informan sobre la construcción de la represa. Incluso, cuando las primeras máquinas excavadoras y los camiones llegan a la zona y luego sigue la construcción de carreteras y los túneles, nunca imaginan que efectivamente tendrán que dejar su hogar hasta que el día en que comienzan las demoliciones y son expulsados de sus hogares. Algunos abandonan el lugar por voluntad propia, otros se resisten a dejar sus casas, aun cuando el agua ya ha llegado y deben ser evacuados a la fuerza.

Alice Poma (2019), investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México, sostiene que los habitantes que se enfrentan a obras hidráulicas experimentan tristeza y dolor al conocer el impacto de la construcción de una presa en un territorio destinado a desaparecer, y en particular, al enterarse de la posible inundación de los pueblos; estas emociones tienen que ver con su vínculo afectivo con el territorio y con la memoria individual y colectiva. Para Albrecht (2019) el núcleo de la *solastalgia* se encuentra en la desolación del lugar y el ataque a su integridad. Los habitantes de Ferreras, al igual que Domingo y su familia, son víctimas de un traslado forzoso frente a una obra hidráulica de gran envergadura por lo que experimentan un terrible desarraigo y añoranza por el pueblo perdido. Como lo expresa Albrecht, cuando se refiere a aquellas personas que han sido desplazadas de sus hogares forzosamente, Domingo experimenta un “profundo sentimiento de aislamiento ante la imposibilidad de poder hacer algo frente al estado de las cosas que le causan angustia” (2019, p. 44).

Para Poma, cuando la tristeza y la angustia se vinculan a la resignación y a la impotencia, no hay posibilidad de protesta social. En términos de Albrecht se podría decir que los habitantes de Ferreras y de las zonas aledañas experimentan una “ecoparálisis” (2019) y, por lo tanto, son incapaces de responder significativamente a la construcción de la represa. Son conscientes de la magnitud del problema; sin embargo, no pueden hacer nada a nivel individual para resolverlo. Domingo, junto a sus vecinos, siente que no tiene posibilidad de acción ni de decidir sobre su vida, tan solo aceptar la mísera suma de dinero que le ofrece el Estado por la expropiación de sus tierras y establecerse en la laguna de la Nava. James M. Jasper (2018), sociólogo e investigador estadounidense, advierte la necesidad de cierta



ansiedad para movilizar la protesta social pero, en el caso de los habitantes de Ferreras, la angustia ecológica no alcanza para movilizarlos.

El sentimiento de *solastalgia* que experimentan Domingo y sus vecinos está íntimamente relacionado con el apego al lugar (Altman y Low, 1992; Riley, 2018), es decir, con los lazos emocionales y afectivos que las personas establecen con ciertos lugares. Irvin Altman y Setha Low (1992), psicólogo y antropóloga estadounidenses, definen el apego al lugar como una relación simbólica en la que las personas otorgan significados emocionales/afectivos culturalmente compartidos a un espacio o terreno particular y que proporciona la base para la comprensión y la relación con el medio ambiente del grupo y del individuo (p. 165)⁵. El concepto implica una conexión profunda y emocional con el entorno físico y social de un lugar específico que afecta la forma en que las personas interactúan con su hábitat y cómo construyen y mantienen sus identidades y relaciones sociales.

Setha Low, en “Symbolic Ties that Bind. Place Attachment in the Plaza” (1992) se refiere a seis clases de apego al lugar: 1) el vínculo genealógico a través de la historia o la familia; 2) el vínculo que se establece ante la pérdida de tierras o destrucción de la comunidad; 3) el vínculo económico que se forma con la propiedad, la herencia y la política; 4) el vínculo cosmológico a través de relaciones religiosas, espirituales o mitológicas; 5) los vínculos seculares y culturales; y por último, 6) el vínculo afectivo que se establece a través de la narración y el nombramiento de los lugares. Nos interesan en este trabajo, especialmente cuatro de las categorías que menciona la crítica: el vínculo genealógico con la tierra, el vínculo que se establece con la pérdida del territorio y la destrucción de la comunidad, el vínculo económico con la tierra a través de la propiedad o la herencia y, por último, el vínculo afectivo que se establece a través de la narración y el nombramiento de los lugares.

Low (1992) argumenta que el lazo afectivo con la tierra a través de la genealogía familiar se mantiene y se consolida con la permanencia en el lugar, ya sea por haber nacido allí o por haberse casado, pero sobre todo por la experiencia vivida en ese entorno. Este tipo de vínculo se da usualmente en comunidades agrícolas donde existe una relación entre los habitantes de la región y el lugar a lo largo del tiempo y en la permanencia de distintas generaciones. Tanto Domingo como Virginia tienen un vínculo genealógico con la región que deben abandonar. Domingo tiene fuertes lazos emocionales con Ferreras; había vivido siempre allí desde niño donde también trabajaron sus antepasados, abuelos y padres, donde se casó y nacieron todos sus hijos. Virginia cuenta que cuando debió abandonar su casa en Ferreras. Allí:

...quedaron los casi cuarenta años que había vivido hasta ese momento, todos en la misma casa en la que nací y crecí, igual que mi madre y que mi abuela Andrea; (...) pues nuestra vida estaba ya encarrilada por los mismos caminos que las de nuestros antepasados, aquellos hombres y mujeres que levantaron para nosotros todo lo que teníamos. (Llamazares, 2015, Virginia, párr. 7)

En la misma línea de pensamiento que Albrecht en lo concerniente a la importancia de los vínculos emocionales que se generan en el lugar donde se vive, Robert B. Riley (2018),

⁵ Traducción propia del original.



arquitecto y ambientalista, alega que las relaciones sociales que se dan al habitar un espacio pueden ser aún más importantes que el lugar físico en sí mismo, puesto que se lo asocia con las experiencias vividas allí y con los vínculos con otras personas. La relación afectiva que se establece va más allá de lo cognitivo, las preferencias o el juicio. Para Riley, la memoria también juega un papel importante en el vínculo con el lugar por encima de la biología, la cultura o la experiencia individual. A menudo, la memoria de un territorio no solo se asocia a las buenas experiencias allí vividas, sino también a las compartidas por el grupo. Domingo y Virginia aman Ferreras porque lo asocian con su comunidad de origen y con los lazos emocionales que han consolidado con sus vecinos de toda una vida. Miguel, su yerno, recuerda el sufrimiento de Domingo cuando relata que:

Más que la destrucción del valle y de las aldeas, a mi suegro, según el mismo me confesó alguna vez, lo que más le afectó de todo fue tener que separarse de la gente que habían sido sus vecinos desde siempre. (Llamazares, 2015, Miguel, párr. 6)

Para Virginia, abandonar Ferreras significa dejar atrás tradiciones familiares y eso lo vive como una pérdida. Había vivido casi cuarenta años en Ferreras, siempre en la misma casa en la que nació y creció al igual que su madre y abuela. La *solastalgia* que experimenta se suma al sentimiento de desarraigo cuando deben empezar de cero en su nuevo hogar para convertir la laguna desecada en tierras fértiles y productivas. Es por eso que Virginia recuerda que pudieron superar los tiempos difíciles gracias a las relaciones que establecieron con los nuevos vecinos “con aquellos nos unían el desarraigo y la necesidad de seguir viviendo, olvidando para ello lo que habíamos dejado atrás” (Llamazares, 2015, Virginia, párr. 7)

A menudo el apego al lugar por vínculos familiares se relaciona con su pérdida o destrucción y surge entonces cuando este se encuentra amenazado. Esto puede ser el resultado de exilio, de reasentamiento en un territorio o de un desastre natural; todos evocan sentimientos similares, uno de ellos es el duelo que se manifiesta en una profunda tristeza. El anhelo por el lugar perdido, lugar al que no pueden regresar, es un sentimiento de apego tan poderoso como su presencia. El apego por el lugar por pérdida o destrucción se activa de manera retrospectiva, es decir, a través de la recreación del entorno natural por la memoria; el lugar es inaccesible porque ha sido destruido y ya no se puede habitar. La expropiación de sus tierras y el traslado forzoso a la laguna hacen que Domingo experimente el sentimiento de *solastalgia* ya que ha perdido su hogar y, por ende, su sentido de pertenencia. Albrecht (2003) argumenta que los momentos más agudos de la *solastalgia* tienen lugar cuando el individuo experimenta directamente la transformación de un lugar amado.

La modificación del paisaje familiar erosiona el sentido de lugar y pertenencia en Domingo porque no puede aceptar que su hogar en el pasado ha sido transformado, a tal punto que su angustia le impide regresar a su pueblo en vida. Para él, Ferreras se ha vuelto “irreconocible por la acción corporativa y el hogar repentinamente inquietante para sus habitantes” (2016, párr. 2) en palabras de Macfarlane, cuando se refiere a la *solastalgia* en relación con la pérdida del hábitat. Albrecht (2003) también alude al sentimiento de dislocación cuando se vive la pérdida del presente.

Domingo y su viuda, junto a los otros habitantes de Ferreras, han perdido todas las certezas en la reubicación forzada; no se sienten parte del espacio al que han sido trasladados,



necesitan de los accidentes geográficos de Ferreras, de las montañas, los montes, y los ríos para poder ubicarse, accidentes que no existen en el nuevo hogar. La laguna de la Nava es un terreno plano, una tierra baldía, con barracas donde son alojados junto a otras quince familias exiliadas. Para Domingo, la partida es muy difícil, incluso el gesto de cerrar la casa de Ferreras con llave y guardarla en el bolsillo muestra la imposibilidad de aceptar el desalojo como algo definitivo. Domingo nunca quiso volver a ver las montañas ni lo que quedó del pueblo anegado por el dique, tampoco quiso saber nada acerca de quienes habían regresado a ver el pueblo o las casas sepultadas por el agua. Se sumergió en un silencio porque prefería olvidarse del pasado “y para eso lo mejor era no nombrarlo” (Llamazares, 2015, Virginia, párr. 6). No pudo superar el desarraigo y se sintió incomprendido por aquellos que consideraban la nostalgia como una enfermedad y lo tildaban de poco solidario al “negarse al progreso de otras tierras” (Llamazares, 2015, Teresa, párr. 15). Tampoco quiso regresar en vida para “no verlo destruido” (Llamazares, 2015, Teresa, párr. 16). Como reflexiona su hija, Domingo es como un “Ulises campesino y provinciano cuyo sueño era volver al sitio en el que nació” (Llamazares, 2015, Raquel, párr. 6) por más que no hubiera una Penélope esperándolo, solo un hijo muerto enterrado bajo las aguas del embalse y los huesos de sus antepasados. Su esposa, Virginia se refiere al nuevo hogar como “un territorio virgen y desolado”, como “una tierra baldía” (Llamazares, 2015, Virginia, párr. 1) mientras lo contrasta con nostalgia con su hogar anterior: “los verdes prados de Ferreras, los regueros y los huertos junto al río” (Llamazares, 2015, Virginia, párr. 3). A diferencia de sus hijos, que dejaron Ferreras cuando eran niños y se adaptaron a su nuevo hogar, ella y Domingo, al igual que los otros colonos reubicados, cuanto más pasa el tiempo más añoran su hogar en Ferreras. Virginia confiesa que nunca logró borrar los malos recuerdos del desalojo y “mientras más hacia por olvidar, más recordaba” (Llamazares, 2015, Virginia, párr. 6) y le dolía el recuerdo. En otra parte del texto, expresa su añoranza por Ferreras cuando dice:

Pero seguíamos añorando aquella vida anterior, sin duda alguna más pobre, pero en nuestra imaginación feliz y en nuestros recuerdos dulce; tan dulce como el paisaje en el que se desarrollaba y cuyos restos aún permanecen en el entorno del gran embalse que lo borró con excepción de las altas peñas y de los montes que lo rodean. (Llamazares, 2015, Virginia, párr. 12)

Sin embargo, distinto a su esposo, Virginia siempre fue consciente de que debían mirar hacia el futuro y dejar de anhelar el pasado, puesto que tenían una familia que alimentar y no se podían dar el lujo de permanecer en el ayer.

El vínculo económico con el lugar es el resultado de la adquisición de esas tierras, pero fundamentalmente del trabajo y de la obtención de recursos que constituyen la base de su subsistencia. A diferencia de los lazos afectivos que se forman por la genealogía familiar y la experiencia de destrucción del entorno natural, los vínculos económicos se caracterizan por una relación de utilidad entre la tierra y las personas, ya sea porque poseen esas tierras o porque las trabajan. Los campos fértiles de Ferreras constituyeron una forma de vida y subsistencia para Domingo y sus antepasados. En esas tierras cultivaban y criaban animales para subsistir y de a poco fueron creciendo económicamente. Perderlas implica la inseguridad de no saber de qué vivirán en la laguna de la Nava al tener que empezar de cero con una familia ya formada.



Las generaciones más jóvenes viven el desalojo y la reubicación de forma distinta. Asimismo, aquellos que no conocieron Ferreras o que nunca vivieron allí tienen una visión edénica del lugar. Los recuerdos del día que debieron abandonar Ferreras son más lejanos y nebulosos para los hijos, incluso porque algunos eran muy pequeños; sin embargo, todos han escuchado a Domingo en su rememoración nostálgica del hogar perdido.

De acuerdo con Low (1992), existe una relación simbólica entre el individuo o el grupo y el lugar que puede evocar una experiencia culturalmente valorada, pero de la que también derivan otros significados ya sea sociopolíticos, históricos o culturales. Para Teresa, la mayor de las hijas de Domingo, la partida de Ferreras es un recuerdo borroso pero que vuelve una y otra vez en sus sueños, llenándola de dolor y añoranza. A Teresa la invade el sentimiento de *solastalgia* cuando admite que a pesar de haber sido una chiquilla cuando se marchó de Ferreras, también sigue “amando estos montes y este valle sumergido bajo el agua” (Llamazares, 2015, Teresa, párr. 14) y entiende entonces “la melancolía que siempre me invade al verlo, melancolía que ha ido en aumento con la edad” (Llamazares, 2015, Teresa, párr. 14). Cuando su hija la observa, dice que parece que “se hubiese despertado en ella una nostalgia de sus orígenes que nunca antes había tenido, o por lo menos de manera tan evidente” (Llamazares, 2015, Susana, párr. 12). Teresa no puede olvidar la experiencia del exilio, experiencia que compara e imagina parecida a la de los judíos que sobrevivieron a los campos de concentración nazi. Para ella, los barracones, improvisadas viviendas en la laguna disecada, se parecían a los campos de concentración nazi; su padre cerrando con llave la casa le trae a la memoria a los judíos españoles que “conservaron durante generaciones las llaves de sus casas en España por si algún día les permitían volver” (Llamazares, 2015, Teresa, párr. 4). José Antonio, otro de los hijos del matrimonio, no experimenta la *solastalgia* de sus padres o de Teresa. Para él Ferreras y los otros pueblos anegados son solo nombres, pero no recuerda gran cosa.

El apego al lugar a través de la narración se da en algunos miembros de las generaciones más jóvenes. Low (1992) argumenta que la narración crea un vínculo con el lugar al hablar sobre él, ya sea a través del relato de historias o por el simple hecho de nombrarlo. Los hijos de Domingo, y en especial los nietos y los parientes políticos que nunca han vivido en Ferreras, juzgan los hechos desde una distancia temporal y cultural y no sienten la *solastalgia* ni el apego al lugar de la familia de Domingo. Miguel, Emilio y Elena, el cónyuge de Teresa, Virginia y José Antonio conocen Ferreras por lo que les han contado sus parejas o Domingo en sus visitas. Sin haber conocido personalmente el pueblo anegado, les resulta difícil entender el apego al lugar y la imposibilidad de olvidarlo. Miguel no puede imaginar Ferreras “a la vista de la desolación que hoy cubre este territorio” (Llamazares, 2015, Miguel, párr. 4).

Es interesante observar las imágenes de muerte y desolación con la que se conjugan los recuerdos de Miguel y Elena. Cuando Elena regresa a Ferreras lo describe como “el paisaje del fin del mundo, pero con presencia humana. O Huellas de esa presencia, tan inquietante como las ruinas del pueblo” (Llamazares, 2015, Elena, párr. 11), la huella humana del Antropoceno. También lo retrata “expuesto como un cadáver a la contemplación del público” (Llamazares, 2015, Elena, párr. 4).



Por otro lado, aquellos que nunca vivieron en Ferreras, los yernos, nueras y nietos, solo ven un espejo de agua maravilloso y les cuesta imaginar el pueblo desaparecido. Los sentimientos que experimentan se filtran a través de un paisaje para ellos edénico, una especie de Arcadia, “una representación de aquella, del lugar en que la felicidad existe, no como el mundo real” (Llamazares, 2015, Jesús, párr. 10). Los nietos no pueden comprender “su fijación con este lugar y con la memoria de sus antepasados” (Llamazares, 2015, Jesús, párr. 8) de sus padres y abuelos y prefieren mirar hacia el futuro. Los únicos recuerdos que tienen son los que les ha contado los mayores, en especial su abuela, o por haberlo visto por fotos. Les resulta imposible identificarse con el lugar y como expresa Raquel, le “gustaría sentir lo mismo” que su madre y abuela “al contemplar este paisaje majestuoso” (Llamazares, 2015, Raquel, párr. 1) pero solo pueden contemplar la vista impresionados por su silencio, por sus montañas recortadas contra el cielo.

El paisaje se presenta “tan hermoso como desolador” (Llamazares, 2015, Elena, párr. 12), “fantasmagórico” (Llamazares, 2015, Daniel, párr. 2), sin embargo, impresionante. Son los jóvenes también los que consideran que el progreso es “la rueda que mueve la historia y que siempre gira hacia adelante por más que les duela a muchos” (Llamazares, 2015, Raquel, párr. 13); todos comprenden que se necesitan obras de ingeniería que hagan más fácil la vida de los habitantes. Daniel, nieto e ingeniero, no aprueba a los ecologistas y grupos de afectados por las grandes obras de ingeniería ya que está convencido de que son necesarias y tampoco entiende porque su padre y sus hermanos viven aferrados a un pasado que nunca volverá y viven como forasteros en otras partes de España. Sin embargo, Alex, uno de los nietos, siente aversión hacia esas obras y considera que la construcción de la presa fue un “atropello” (Llamazares, 2015, Alex, párr. 4) en contra del que él se hubiera manifestado de haberlo vivido. Entiende que, dada la situación política de la época, era imposible la resistencia, pero cuando esta cambió la gente debería haberse manifestado e ir en contra de los responsables. Para Alex “el progreso económico no lo justifica todo” (Llamazares, 2015, Alex, párr. 6) y es el único que percibe el dique como un cementerio de pueblos en ruinas y fantasmas convertidos en peces.

Al final de la novela, se escucha la voz de un turista que detiene su auto para contemplar la belleza del paisaje, la laguna con el recorte de las montañas, ignorante de la desaparición de los pueblos que allí existieron, pueblos que fueron demolidos por el hombre. Esta última voz representa el desconocimiento de la sociedad sobre las consecuencias que obras de ingenierías como esta tienen para los habitantes de las poblaciones inundadas.

Los sentimientos que atraviesan a Domingo y a sus vecinos se dan en el marco también de una naturaleza con capacidad de agencia, como explicara Jane Bennett (2010). No importa de qué manera el ser humano haya alterado el paisaje, la agencia de la naturaleza, de una naturaleza caprichosa, se evidencia cuando brota el agua de la laguna desecada, como relata Virginia al describir las tierras nuevas: “cuando llegamos no eran más que un lodazal del que al llover, brotaba el agua de nuevo” (Llamazares, 2015, Virginia, párr. 8) o cuando José Antonio, al regresar a Ferreras a ver el pantano que se ha vaciado para limpiar el lodo del fondo, cuenta la impresión que le causa “descubrir que el río seguía corriendo por su antiguo cauce, incluso bajo el puente, que también sobrevivía desde los días de la creación del mundo” (Llamazares, 2015, José Antonio, párr. 6). Ante la agencia de la naturaleza, el



hombre reacciona con asombro, pero también ignorancia de la responsabilidad que le cabe en la transformación del paisaje.

Conclusiones

La acción del hombre ha alterado paisajes modificando su propia vida y la vida de los seres no humanos sin tener en cuenta los afectos y emociones que se generan. La construcción de una represa, como en este caso en particular, deja huellas emocionales que se manifiestan de manera distinta en las generaciones de los abuelos y padres y en la de los jóvenes y de los nuevos miembros familiares. Los mayores experimentan *solastalgia* al ver cómo se transforma el paisaje donde viven y luego al dejarlo, donde vivieron la mayor parte de su vida, a tal punto que les resulta casi imposible adaptarse a su nuevo entorno, y en el caso de Domingo, regresar en vida a Ferreras. Él, junto a su esposa y sus hijos mayores, sufre el desarraigo de las tierras donde nacieron, se criaron y formaron una familia; esa tierra a la que los unen vínculos genealógicos y económicos, como así también el vínculo por la pérdida que comparten con los otros habitantes de Ferreras. Diferente son los sentimientos que experimentan las generaciones más jóvenes y aquellos que se han sumado a la familia y a su historia. Su vínculo con el territorio se da a través de la narración de historias de la familia de Domingo, pero no es un lugar en el que hayan vivido o conocido antes de la construcción de la represa.

Las nuevas generaciones contemplan el paisaje desde el presente, sin el apego doloroso a un pasado que no conocieron. Para estos, el paisaje es solo un espejo de agua que los maravilla, al que conciben como la Arcadia, sin ser conscientes del costo que tuvieron que afrontar los padres y abuelos al verse forzados a dejar sus hogares y entorno familiar. Los jóvenes no sienten la pérdida de sus abuelos y padres, tampoco experimentan el sentido de dislocación de los mayores. Ferreras es el lugar que sus padres y abuelos añoran, pero entienden la importancia de la represa para el progreso de la zona, sin darse cuenta del daño que la acción del hombre causa en el entorno natural y los sentimientos y emociones que se generan en los afectados directamente por estas acciones.

En *Distintas formas de mirar el agua* (2015), Llamazares ficcionaliza un evento real, como lo es la construcción del dique de Porma en España, y retrata las emociones y afectos que atraviesan al hombre ante la modificación de su entorno natural. El autor cuestiona la acción del hombre, la construcción del embalse, la consiguiente desaparición de los pueblos de la región y la transformación del paisaje.

De esta forma, Llamazares y la literatura contribuyen a la toma de conciencia acerca de la capacidad geológica de la humanidad para alterar el medioambiente y las emociones que esto provoca en los seres humanos. La novela de Llamazares nos invita a reflexionar acerca de las consecuencias del progreso y la importancia de mirar las emociones que se generan en los seres humanos.



Referencias bibliográficas

- Albrecht, G., Sartore, G. M., Connor, L., Higginbotham, N. (2007). Solastalgia: The Distress Caused by Environmental Change. *Australasian Psychiatry*, 15(1): S95-S98. En línea en: <https://doi.org/10.1080/10398560701701288>
- Albrecht, G. (2019). *Earth Emotions. New Words for a New World*. Londres: Cornell University Press.
- Altman, I. y Low, S. M. (Eds.). (1992). *Place Attachment*. Nueva York: Plenum.
- Arnold, J. (2018). Feelings the Fires of Climate Change. Land Affect in Canada's Tar Sands. En: *Affective Ecocriticism: Emotion, Embodiment, Environment* (pp. 95-116). Londres: University of Nebraska Press.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant Matter. A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press Books.
- Bladow, K. y Ladino, J. (Eds.). (2018). *Affective Ecocriticism: Emotion, Embodiment, Environment*. Londres: University of Nebraska Press.
- Campbell, N. A. (2018). New Gentleness. Affective Ficto Regionality. En: *Affective Ecocriticism: Emotion, Embodiment, Environment* (pp. 71-94). Londres: University of Nebraska Press.
- Clough, P. T. y Halley, J. (Eds.) (2007). *The Affective Turn. Theorizing the Social*. Durham: Duke University Press.
- Crutzen, P. J. y Stoermer, E. F. (2000). 'The "Antropocene"'. *Global Change. Newsletter*, 41, 17-18. En línea en: <http://www.igbp.net/download/18.316f18321323470177580001401/1376383088452/NL41.pdf>
- Gilligan, C. (1993). *In a Different Voice*. Cambridge: Harvard University Press.
- Jasper, J. M. (2018). *The Emotions of Protest*. Chicago: University Chicago Press.
- Llamazares, J. (2015). *Distintas formas de mirar el agua*. E-pub. Madrid: Alfaguara.
- Low, S. M. (1992). Symbolic Ties that Bind. Place Attachment in the Plaza. En I. Altman y S. M. Low (Eds.), *Place Attachment* (pp. 165-185). Nueva York: Plenum.
- Macón, C. (2013). Sentimus ergo sumus. El surgimiento del "giro afectivo" y su impacto sobre la filosofía política. *RLFP: Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, II(6), 1-32. En línea en: <http://rlfp.org.ar/revista/index.php/RLFP/article/view/49>
- Murphy, B. M. (2013). *The Rural Gothic in American Popular Culture: Backwoods Horror and Terror in the Wilderness*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Noorgard, K. M. (2011). *Living in Denial. Climate Change, Emotions, and Everyday Life*. Cambridge: MIT Press.
- Parker, E. (2020). *The Forest and the Ecogothic. The Deep Dark Woods in the Popular Imagination*. Nueva York: Palgrave Macmillan Cham.



Poma, A. (2019). Impacto y manejo emocional en las luchas contra represas. *Revista Estudios Avanzados*, 31, 4-20. En línea en: https://www.revistaestudav.usach.cl/sites/ridea/files/alice_poma.pdf

Riley, R. (2018). Attachment to the Ordinary landscape. En *Place Attachment*. Nueva York: Plenum.

Slovic, S. y Slovic, P. (2015). *Numbers and Nerves: Information, Emotion, and Meaning in a World of Data*. Corvallis: Oregon State University Press.

Schmidt, L., Reau, A. L. y Rivera, C. (2020). *How to live in a chaotic climate. 10 Steps to Reconnect with Ourselves, Our Communities, and Our Planet*. Boulder: Shambhala.

Weik von Mossner, A. (2017). *Affective Ecologies. Empathy, Emotions and Environmental Narratives*. Ohio: The Ohio State University Press.

Otras fuentes consultadas

Macfarlane, R. (1 de abril de 2016). Generation Anthropocene: How Humans Have Altered the Planet Forever. *The Guardian*. En línea en: <https://www.theguardian.com/books/2016/apr/01/generation-anthropocene-altered-planet-for-ever>

Rodríguez, M. J. (13 de febrero de 2015). Julio Llamazares: “La memoria histórica de un país es su literatura”. *El País*. En línea en: https://elpais.com/cultura/2015/02/12/babelia/1423751056_461531.html#?prm=copy_link

